guntó Alicia bruscamente — en lo poquísimo que puede hacer en el mundo una mujer sola?...

—O un hombre — contestó el joven, tras breve reflexión.

Y así fué como Lewisham reclutó á su primer adepto para la causa de la corbata roja y de la gran obra futura... Y así fué como tuvo su primer confidente, pues hasta entonces, aparte de tal cual indiscreción y de las inscripciones en las paredes, siempre ocultó á todos sus ambiciones personales. Aun en la aventura amorosa de Whortley, hoy medio olvidada, á pesar de la intimidad á que llegó, supo callarse cuidadosamente los sueños, las esperanzas y los proyectos que acariciaba para el porvenir.

CAPITULO XI

EVOCACIÓN DE ESPÍRITUS

La señorita de Heydinger se resistía á creer en el espiritismo; esto provocó una discusión en el laboratorio, mientras tomaban el té. Hay que decir que en este curso las alumnas, viéndose en mayoría, habían organizado un té que comenzaba á las cuatro y terminaba á las cinco, con la llegada del bedel encargado de apagar las luces. Los alumnos solían ser invitados al té. Pero, en realidad, sólo dos podían disfrutar del convite, en razón á que no quedaban disponibles más que dos tazas, pues el diabólico Simmons había roto la tercera.

Smithers, estudiante de cuadrada cabezota y ojillos grises, se ensañaba negando la posibilidad de evocar los espíritus de los muertos; Bletherley, luciendo corbata anaranjada y brillante melena, quería hacer patente su amplitud de ingenio.

—¿Qué es el amor? — preguntó. — Seguramente es algo inmortal.

Todos consideraron la pregunta inoportuna, y nadie le contestó.

Lewisham, como correspondía al alumno más caracterizado de aquel año, pesaba y medía opiniones, testimonios y argumentos, concienzudamente, reflexivamente, metódicamente, y acabó declarando que las sesiones y los *mediums* del espiritismo eran, lisa y llanamente, supercherías.

—Imposturas y necedades — exclamó ásperamente

Smithers, mirando de soslayo, para ver si había dado en el blanco.

El blanco era un viejecito, de rostro pálido y de ojos grandes, casi incoloros, que, tranquilo é indiferente, estuvo de pie ante una de las ventanas del laboratorio, hasta que, en el calor de la discusión, se sintió aludido. Vestía chaqueta de terciopelo negro; se apellidaba Lagune; no se matriculaba con regularidad en los cursos académicos, y era uno de esos profanos á los que, por excepción, se les deja entrar en los laboratorios. Tenía fama de rico, era de temperamento batallador y se afirmaba que retó á Huxley á discutir en público sobre el materialismo; asistía á la cátedra de biología y, aun cuando con interrupciones, trabajaba — según decía — para combatir á la incredulidad empleando las armas de la incredulidad misma... Picó inmediatamente en el anzuelo que le tendió Smithers.

—¡Sostengo que no! — gritó saliendo de su sitio y adelantándose. Hablaba con algún ceceo. — Dispénseme usted, señor mío, que le interrumpa; pero el asunto me interesa profundamente; Supongo que no molesto. Sírvanse dispensarme. Personalicemos la cuestión. ¿Soy yo, señor mío, imbécil ó impostor?...

—¿Eh? — exclamó Smithers, con la descortesía propia de un estudiante de Kensigton. — Veo que, efectivamente, personaliza usted bastante.

—Suponga, señor mío, que soy un observador de buena fe.

—¿Y qué?...

—Pues que yo he *visto* á los espíritus, he *oído* á los espíritus, y he *sentido* el contacto de los espíritus.

Y al hablar así abría desmesuradamente los ojos, grandes é incoloros.

—Entonces... ¡es imbécil! — murmuró Smithers á media voz, para que no le oyese el espiritista.

—Acaso usted se haya equivocado — observó Lewisham.

—Le aseguro que... otras personas, ven, oyen y sienten á los espíritus. He realizado experimentos, señor mío. He procedido científicamente y he alcanzado pruebas. ¡Pruebas científicas, variadas y completas! ¿Acaso usted, caballero, ha intentado ver á los espíritus?...

—No he querido perder el tiempo tontamente — dijo Smithers.

—¡Muy bien! ¡Siempre los prejuicios!... Ya tenemos á un hombre que niega un hecho y *que no quiere* acercarse á ese hecho.

—Pero ¿es que usted pretende que cuantos no creen en los espíritus no tienen derecho para negar, hasta haber asistido á una sesión espiritista?...

—¡Naturalmente! ¡Naturalmente que pretendo eso! Hasta haber asistido á una sesión, ni se sabe nada, ni se puede hablar del asunto.

La discusión se fué acalorando. El caballero anciano perdió muy pronto los estribos; al cabo, dijo que conocía á un *medium* admirable...

—¿Retribuído? — preguntó Smithers.

—¿Ha encontrado usted la manera de que viva sin comer el buey que labra la tierra? — observó inmediatamente Lagune. — ¿No se fía usted de una balanza por haberla comprado?... Venga y se convencerá.

Smithers era, de todos, el más burlón y el más escéptico.

Lagune, exaltadísimo, gesticulaba y levantaba la voz. En el acto invitó á todos los alumnos de Biología á una serie de sesiones especiales.

—Todos á un tiempo, no... Hay que considerar que los espíritus... las influencias nuevas... Formaremos grupos... Advierto de antemano que puede ocurrir que no obtengamos resultado... Sin embargo, hay ocasiones... Me congratularía muchísimo...

Así fué como Lewisham se prestó á asistir á una evocación espiritista, á la cual concurrirían también la señorita de Heydinger y el escéptico Smithers; Lagune, su dactilógrafa y el *medium* completarían el número de los asistentes. Tras esta primera sesión, se celebraría otra para los restantes alumnos.

A Lewisham le satisfizo contar con el auxilio moral de Smithers.

—Será una noche perdida — exclamó este último, que estaba decidido á disputar á Lewisham la medalla del premio Forbes. — Pero en fin, demostraré que estoy en lo firme. Ya verán ustedes.

Lagune dió las señas de su domicilio, en Chelsea.

Cuando Lewisham llegó á la casa del propagandista del espiritismo, quedó admirado al encontrarse con un edificio magnífico.

Dejó el sombrero en el amplio y lujoso vestíbulo, junto á un sombrerito femenino, de paja, con adornos verdes. Por una puerta entreabierta atisbó una biblioteca suntuosísima, estantes floronados con bustos de mármol blanco, y una gran mesa-escritorio, llena de papeles y de legajos, y alumbrada por una lámpara eléctrica, con pantalla verde. La criada — á juicio de Lewisham — examinaba con inmenso desdén la corbata roja y algo deslucida del visitante; luego, dando media vuelta, le hizo subir á otro piso y llamó á una puerta, tras de la cual se percibía rumor de conversaciones.

—Ya han comenzado — cuchicheó la sirviente á Lewisham. — El señor Lagune nunca sale.

Distinguió ruido de sillas y escuchó á Smithers reir nerviosamente. Lagune salió á abrir la puerta. Parecía más pálido y más pequeño que de costumbre, y parecía que se le habían agrandado los ojos.

—Ibamos á empezar sin usted. ¡Adelante! — le dijo el dueño de la casa.

La estancia estaba amueblada mucho más ostentosamente que el salón de actos de la escuela de Whortley, salón que, salvo algunas habitaciones del Palacio de Wíndsor, era lo más suntuoso que Lewisham había visto hasta entonces. Ante aquel mobiliario quedó tan admirado como cuando entró la primera vez en el Museo de Kensigton. La impresión dominante fué la de comprender la inmensa superioridad social de los asientos; se le antojaba una impertinencia sentarse sobre muebles tan soberanamente majestuosos. Smithers, de pie, recostado sobre un armario lleno de libros, tenía aspecto tímidamente hostil. Luego, Lewisham entendió que Lagune les rogaba que tomasen asiento. Instalado

ya ante la mesa, se encontraba el *medium* Chaffery: hombre menudito, de apariencia bondadosa, con espesas patillas grises, boca rasgada, finos labios y barbilla puntiaguda y encorvada; por encima de sus lentes, con áurea montura, el *medium* examinó á Lewisham con mirada criticona y desconcertante; la señorita de Heydinger acudió en auxilio de su amigo y principiaron á charlar. Las respuestas de Lewisham no eran tan firmes como cuando estaban en la Galería de herrajes; realmente, la posición de cada uno de ellos había cambiado. La joven dirigía la conversación y él se encontraba cohibido. Vagamente comprendía que ahora, Alicia, le llevaba ventaja; después, á la derecha, entrevió una figura de mujer, vestida con traje obscuro.

Dirigiéronse todos hacia el centro de la habitación, rodeando á un velador sobre el cual se hallaban colocados un tamboril y una cajita verde. Lagune fué indicando con el dedo á los invitados los asientos que debían ocupar. Lewisham se encontró entre Lagune y el *medium*, y enfrente se colocaron Smithers y la señorita de Heydinger, unidos á Lagune por la dactilógrafa. Así quedaba el *medium* flanqueado por dos escépticos. Ya todos se encontraban sentados, cuando Lewisham, mirando por encima de Lagune, se tropezó con las miradas de la persona que estaba al otro lado del dueño de la casa. ¡Era... Ethel!... El traje verde obscuro, la falta de sombrero, y el tener el rostro menos sonrosado que antaño, la desfiguraban algo, sin bastar á impedir que la conociera en el acto. También los ojos de ella dieron á entender que había reconocido al antiguo amigo.

Inmediatamente, la joven volvió la cabeza. Huelga decir que la primera impresión de Lewisham fué de asombro. Hubiera querido hablar, pero no pudo: había perdido el uso de la palabra. Ni aun siquiera consiguió recordar el apellido de Ethel. Además, titubeó por verse en casa extraña y por ignorar si sería correcto dirigir la palabra á la joven: aun conservaba la superstición de la etiqueta. También le contuvo la idea de

que si hablaba, tendría que dar explicaciones á los allí reunidos...

—Señor Smithers, hágame el obsequio de no dejar encendido más que un hilito de la luz del mechero de gas — dijo Lagune; y de repente, quedáronse á obscuras y dejaron de verse.

El contacto de manos comprobóse con minuciosidad absoluta y se cerró el círculo, tocándose meñique con meñique. Las distracciones ostensibles de Lewisham le valieron una llamada al orden, hecha por Smithers. El *medium*, afablemente, hizo constar que no podía ofrecer nada, porque no poseía facultad «directorial» sobre las manifestaciones de los espíritus. Después, reinó silencio.

Durante mucho tiempo, Lewisham no prestó atención á lo que se estaba preparando.

Estaba sentado en la obscuridad, palpitando y tratando de evocar el fugitivo pasado que le evocó aquel semblante. Experimentaba tanto asombro como disgusto, porque había decidido que nunca más volvería á ver á la joven. Cierto que no sentía el dulce encanto de los días felices, ni la dulce inquietud que, recién llegado á Londres, lo llevó muchas veces á Clapham, con la esperanza de encontrarla; pero se hallaba abochornado por su estúpido mutismo y sentía rabia por lo embarazoso de la situación. Momento hubo en que pensó romper el pacto espiritista y gritar: «¡Señorita de Henderson!...» ¿Cómo era posible que se hubiese olvidado del apellido Henderson?... Aun era muy joven para no asombrarse de olvidos.

Smithers tosió de repente, sin duda con el propósito de darle el alerta.

Lewisham, esforzándose para cumplir bien con su cometido de vigilante, procuró mirar en derredor; pero la estancia se hallaba muy obscura y sólo percibió el ruido y el suspirar del *medium*. De la confusión mental en que el joven se hallaba, lo primero que salió á flote fué su vanidad personal. ¿Qué pensaría *Ella* de él?... ¿Acaso, cual él á ella, le buscaría ella á él, con la vista, entre las sombras?... ¿Aparentaría verla, por vez primera, cuando volvieran á encender las luces?... A medida que iba pasando el tiempo, se le figuraba que el silencio era más y más profundo. No había lumbre encendida en la estancia; tal vez por esto se estremeció de frío. De repente experimentó una duda curiosísima: ¿había visto en realidad á Ethel, ó la había confundido con otra persona?... Hubiera querido apresurar el fin de la sesión, para convencerse. Recordaba perfectamente, con detalles asombrosos, los días felices de Whortley, y... no sentía ni pizca de emoción.

De repente notó como si le corriera frío por la espalda.

Luego sintió como un soplo frío en el rostro, y se estremeció convulsivamente. Pensó en echarse á reir para demostrar que no tenía miedo. Un instante después sintió otro soplo, tembló de nuevo, y percibió intenso perfume de violetas. El dedo meñique de Lagune le comunicaba algo así como agitación nerviosa.

¿Qué le ocurría?...

La cajita de música colocada sobre la mesa dejó oir una sonatina vulgar y quejumbrosa, desconocida para el joven. Aquella música, subrayando el silencio general, acrecentaba la inquietud expectante. Lewisham, entonces, hizo examen de conciencia. ¿Qué le pasaba?... ¿Estaba todo lo atento que hacía falta?... Realmente se había distraído. Los espíritus no existían; los *mediums* eran farsantes, y él, él tenía como misión única la de hacer triunfar la verdad. Con todo, se encontraba perplejo y procuró observar con atención. ¿Quién había esparcido perfume de violetas?... ¿Quién había puesto en movimiento el mecanismo de la cajita de música?... Naturalmente que todo ello sería obra del *medium*. Trató de recordar si había oído ruido ó si había notado algún movimiento antes de que comenzase la música. Nada recordó. ¡Vaya! Había que estar más sobre aviso.

Sintió deseo vivísimo de descubrir con éxito la superchería y se imaginó, teniendo á Ethel por espectadora, la situación dramática que Smithers y él habían

preparado. Miró recelosamente, tratando de ver en la sombra.

Alguien, frente á él, se estremeció; el dedo meñique de Lagune temblaba más y más; luego, repentinamente, inopinadamente, rápidamente, comenzó junto á él una serie de choques y de golpecitos que lo sobresaltaron... tic, tac, toc, trac, truc... en la mesa, bajo los sillones, en el aire, sobre la cornisa... El *medium* suspiró, gimió, tembló, y su temblor nervioso se transmitió, por simpatía, á cuantos formaban el corro. La sonatina se fué extinguiendo, cesó y volvió á vibrar con más intensidad.

¿Cómo se producían estos fenómenos?... Escuchó á Lagune hablar con respetuosa ansiedad.

—¿El abecedario?... — preguntaba. — Emplea... ¿empleamos el abecedario?...

Un golpe más fuerte sonó sobre el velador.

—¡No! — contestó el *medium*, interpretando el sonido.

Continuaron los golpecitos, haciéndose oir en todas partes.

Indudablemente, aquello era una superchería. Lewisham trató de adivinar el mecanismo que debían emplear; á la vez se fijó en el *medium* y cuidó mucho de que no se interrumpiera el contacto entre los meñiques.

A lo lejos, en la sombra, comenzó una serie de golpes fuertes, que tenían sonoridad casi metálica. Luego cesó el ruido, y de nuevo se escuchó la sonatina; al cabo de un instante, enmudeció la cajita de música...

La inmovilidad y el silencio eran completísimos. Lewisham sentía tremenda excitación nerviosa. Principió á sentir inesperadas dudas, al par que miedo por lo que pudiera ocurrir. La obscuridad le producía como ahogo.

Tembló. Algo daba golpes sobre el velador. Percibió sonido de metal golpeado, crujido de papeles que se arrugan, susurros de viento, sin que hubiese movimiento

de aire, y, en fin, tuvo la conciencia de que allí había algún objeto que se agitaba.

La sobrexcitación de Lagune se comunicaba mediante temblor convulsivo; la mano del *medium* se estremecía. En la sombra, por encima del velador, surgió algo débilmente luminoso, algo así como una mancha blanco-grisácea que movía y proyectaba tenue luz entre las formas indecisas.

El objeto, fuera lo que fuera, se elevó más, ascendió lentamente y se desvaneció. Lewisham seguía con atención extraordinaria aquella forma luminosa que le resultaba fantástica, extraordinaria, inexplicable. Hasta se olvidó de Ethel. La pálida luminosidad siguió subiendo, subiendo... Al fin vió que aquello era un brazo espectral, una mano de muerto, que se cernía, que se cernía... Lentamente, conscientemente, cruzó el espacio y pareció tocar á Lagune, que se estremeció. Luego, la mano se volvió dulcemente y rozó á Lewisham, que rechinó los dientes. No era posible dudar de que unos dedos lo habían acariciado. Casi á la vez, la señorita de Heydinger gritó que le pasaban una mano por el cabello, y á la vez, la cajita de música volvió á entonar la quejumbrosa sonatina. El óvalo indeciso del tamboril se acentuó, se movió, sonó, y Lewisham lo escuchó chocar contra Smithers; luego pareció que volaba y se perdía en la altura. Seguidamente, una mesa, muy distante del *medium*, comenzó á rodar.

Parecía absurdo suponer que el *medium*, que estaba quieto y sentado tranquilamente, pudiese ocuparse en tantas y en tan distintas cosas, por ridículamente insignificantes que fueran. Después de todo...

La mano espectral voltejeó rozando los párpados de Lewisham. Cerníase vacilante. De vez en cuando abría y cerraba los dedos...

Sonó un ruido; un ruido grande; ¿qué procedía hacer?...

Lewisham notó que perdía el contacto con el meñique del *medium*. Intentó restablecerlo, no lo consiguió. Al fin lo atrapó, y para mayor seguridad, agarró

el brazo... Escuchó una exclamación, un golpe, un juramento ahogado... y... ¡paf! la luz de gas iluminó la escena.

Lewisham se puso de pie y vió que todos se inclinaban hacia las dos personas más inmediatas á la luz. Smithiers se destacaba del grupo; se erguía triunfadoramente, abriendo con una mano la llave del mechero de gas y sujetando con la otra el puño del *medium*, que tenía cogido el tamboril acusador.

—¿Qué tal, Lewisham? — exclamó Smithers.

—¡Lo pescamos!... — contestó Lewisham, adelantándose y esquivando las miradas de Ethel.

—¿Qué pasa? — preguntó el *medium*.

—¡Que hemos pescado al que hacía trampa! — voceó Smithers.

—¡Está usted en un error! — replicó el *medium*. — Cuando usted abrió la llave del mechero de gas... alcé la mano... para coger el tamboril... porque creí... creí que iba á caer sobre mi cabeza.

—Señor Smithers — observó Lagune. — Ha hecho usted muy mal... muy mal...

El tamboril cayó ruidosamente al suelo. El *medium* se demudó, exhaló un gemido y se tambaleó. Lagune llamó para pedir un vaso de agua; todos esperaban que el *medium* se desmayara; todos menos Lewisham, que había vuelto á pensar en Ethel. Volvióse para juzgar el efecto que en la joven producía esta escena, de la cual era él actor principal. La vió inclinada sobre el velador, como si estuviese buscando algo. La joven no le hacía caso; toda la atención la concentraba en el *medium*. Tenía el rostro desencajado y pálido; de repente, cual si se hubiera dado cuenta de que la observaban, se irguió, y su mirada se encontró con la mirada de su antiguo amigo.

Retrocedió azorada, contraída, y, por último, le hizo cara con gesto hosco, incomprensible.

Lewisham aun no se había dado cuenta de la situación y quiso demostrar que estaba de acuerdo con Smithers. En aquel instante, la actitud de la joven le hizo fijarse en el objeto hacia el cual se inclinaba

Ethel; aquel objeto era una especie de membrana arrugada, un guante neumático abandonado sobre el velador. Indiscutiblemente, era instrumento auxiliar del *medium*.

Lewisham se apoderó del guante, y entregándoselo á Smithers, exclamó:

—¡Allá va eso! Veamos, ¿para qué sirve?...

Observó entonces que la joven temblaba y que Chaffery, el *medium*, la miraba airadamente. Lewisham comprendió entonces que Ethel era cómplice de aquella farsa. Y al pensar en que él triunfaba y en que había encontrado un testimonio de acusación irrefutable contra ella... sintió su gozo en un pozo.

—¡Bravo! — gritó Smithers, ostentando el guante. — ¡Bravo, por mi camarada Lewisham!... ¡Bien hemos pescado al fullero!... ¡Esto es aún más gordo que lo del tamboril!...

Tenía las pupilas inflamadas por el júbilo; se estremecía de satisfacción.

—¿Ve usted, señor Lagune?... — continuó diciendo. — El *medium* tenía el guante entre los dientes y lo inflaba soplando... ¡no vale negar!... Señor *medium*, supongo que no temería usted que esto le diera un coscorrón, como asegura que temió del tamboril... ¡Vean, señores, vean la mano luminosa, la mano de los espíritus!...

CAPITULO XII

LEWISHAM INCOMPRENSIBLE

Aquella misma noche, cuando la señorita de Heydinger se dirigía, acompañada por el señor Lewisham, hacia la estación de Chelsea, descubrió que su amigo estaba de un humor endiabladísimo. Alicia había sufrido impresión violenta con la escena en la cual su amigo había actuado; la impresión fué tanto mayor, cuanto que la joven, en otro tiempo, creyó en las manifestaciones exotéricas, y la revelación que acababa de presenciar la sumió en un piélago de confusiones. Los detalles del suceso los recordaba de un modo muy vago, pero colocaba á Lewisham á la misma altura que Smithers, en el triunfo científico que puso fin á la sesión. En una palabra, sentíase orgullosísima. No le molestaba que sus creencias hubieran sido derrotadas por Lewisham; únicamente experimentaba fiera indignación contra el *medium*.

—¡Es horrible! — murmuraba Alicia. — ¡Vivir á costa de engaños! ¡Cómo ha de mejorar el mundo si las personas inteligentes y cultas se consagran á nublar los cerebros!... ¡Es horrible! ¡Qué hombre tan repugnante!... Hasta su voz es antipática... He pasado un mal rato viendo á la jovencita... Debía estar... sí. estaba avergonzadísima... Y si no, ¿por qué comenzó á llorar desconsoladamente?... De veras que me inspiró lástima... Cuando se llora como lloraba la jovencita, es... es porque algo grande se rompe ó se hunde en el mundo de los sentimientos... ¿Qué será?...

Alicia calló. Lewisham andaba, mirando con fijeza

al vacío, acaso riñendo interiormente algún sañudo combate.

—Esto me recuerda á *Sludge, el «medium»* — observó la señorita de Heydinger.

Lewisham no contestó. Su amiga lo examinó atentamente.

—¿Ha leído usted *Sludge, el «medium»?*

—¿Qué? ¿Qué?... Dispénseme; estaba distraído... ¿Sludge?... ¿El *medium?*... Pues si creía que se llamaba... sí, si se llama Chaffery.

Y al hablar así miraba á Alicia, cual si ansiase muchísimo dilucidar esta cuestión.

—Me refiero al Sludge de Browning. Ya usted sabe... ¡al poema!...

—No lo recuerdo... Creo que no lo he leído — murmuró Lewisham.

—Pues se lo prestaré á usted. ¡Es admirable! Hasta sirve para explicar lo que acabamos de descubrir en la sesión de hoy.

—¿De veras?...

—Hasta ahora no se me había ocurrido, pero ahora lo veo muy claro. Todo consiste en ofrecer un puñado de dinero á unos pobretes poco escrupulosos, siempre y cuando la sesión espiritista alcance buen éxito. Por la codicia hacen fullerías, por la codicia amañan trampa... Es la inmoralidad... determinada por la corrupción...

Alicia se expresaba con frases entrecortadas, porque Lewisham, sin advertirlo, caminaba rápidamente, á zancadas.

—Y yo me pregunto... lo que... esa gentuza... podría ganar... trabajando honradamente.

Lewisham se dió cuenta, de un modo vago, de la pregunta que le hacían. Por segunda vez salió de su abstracción y dijo:

—¿Que cuánto podrían ganar trabajando honradamente?... Pues... no tengo idea de ello.

Y se calló.

—Todo este asunto — murmuró luego — es muy enigmático. Necesito reflexionar.

—¿Verdad que resulta extraordinariamente complejo y obscuro?... — observó Alicia, algo sorprendida.

El resto del camino, hasta la estación, ninguno de los dos volvió á hablar. Se despidieron cambiando un apretón de manos; muy cariñoso por parte de ella, muy distraído por la de él. Cuando el tren arrancó, Alicia recordó con todo detalle el gesto y las miradas de Lewisham. Indudablemente, la había estado mirando sin verla, pensando en algo remoto, cual si ya se hubiese olvidado de su compañera y amiga.

Le dijo que quería reflexionar. Pero dos cerebros, pensaba la señorita de Heydinger, valen más que uno para formar juicios. Dolíase de que su condiscípulo no la hiciese partícipe de las angustias mentales que experimentaba.

—¿Por qué tendremos las almas prisioneras y distanciadas?... — se preguntó Alicia, mirando por la ventanilla las formas indecisas que ante su vista pasaban.

Experimentó decaimiento repentino y se sintió sola, absolutamente sola, en un mundo vacío.

Prestamente tornó á la realidad de la vida. En el mismo departamento, dos personas la observaban con aire de censura. Apartó las manos, que se había llevado á los ojos, y fingió que estaba arreglándose el cabello.

CAPITULO XIII

LEWISHAM, INSISTE

Ethel Henderson, sentada ante la máquina de escribir, en el hueco de una de las ventanas del despacho del señor Lagune, miraba, con triste desaliento, los tonos grises y azules de un crepúsculo de Noviembre; tenía pálido el rostro, enrojecidos los párpados, cual si hubiera llorado recientemente, y dejaba caer las manos sobre las rodillas. El señor Lagune acababa de salir, dando un portazo.

—¡Dios mío! — decía la joven. — ¡Quisiera morirme! ¡Quisiera verme muy lejos de aquí!...

Quedóse pensativa.

—¿Qué he hecho — murmuró — para merecer tan horrible castigo?...

La verdad es que nadie la hubiera creído una víctima perseguida por el destino, al verla tan linda, tan juvenil y tan seductora. Sobre la cabecita lucía hermosa cabellera negra, rizada naturalmente; cejas bien dibujadas, formaban arco gracioso sobre los ojos, que eran muy bellos; y tenía el cuello, blanco y torneado. De la nariz no hay que hablar; no desmerecía de las demás facciones. La estatura era mediana; el talle, esbelto; y el traje, elegante, negro con reflejos áureos, mangas largas y falda plegada, según los preceptos de la moda. Y, sin embargo, aquella joven, sentada ante la máquina de escribir, deseaba morirse y se preguntaba «qué había hecho».

En la estantería, que llenaba las paredes del despacho, se destacaban inacabables filas de volúmenes pre-

suntuosamente necios: eran las obras de Lagune; eran el producto de la insubstancial y laberíntica compilación filosófica que llenaba la vida de aquel maniático. Sobre los armarios se destacaban los bustos de Platón, de Sócrates y de Newton. A espaldas de Ethel estaba la mesa-escritorio del grande hombre, con la lámpara eléctrica de pantalla verde, y con montañas de pruebas y de ejemplares del *Hesperus, periódico para los incrédulos*, que el espiritista, con la colaboración de Ethel, redactaba, editaba, publicaba, y sin la colaboración de Ethel, pagaba y leía. La pluma, arrojada violentamente por el señor Lagune, temblaba aun, semihundida en la boca del tintero.

Después de la catástrofe ocurrida el día anterior, el ancianito había quedado sumido en amarga desesperación, y antes de salir dando un portazo tremendo, desahogó la bilis en monólogos agresivos. Lo sucedido era, indiscutiblemente, la ruina de su existencia: ni más ni menos. ¿Estaba la joven enterada de que Chaffery era un impostor?... ¿No?... ¡Después de tantas bondades!...

—¡Sí, señor!... ¡Tiene usted razón!... ¡Tiene usted razón!... — interrumpió Ethel, sollozando.

Pero Lagune, implacablemente, afirmaba que la joven lo había engañado, más aún... ¡que lo había puesto en ridículo!... ¿Cómo proseguir ahora la labor comenzada en la Escuela de Kensigton?... ¿Dónde iba á encontrar ánimos y auxilio, cuando hasta la dactilógrafa lo sacrificaba á las supercherías de su padrastro?... Supercherías... ¡sí!... supercherías.

El vejete manoteaba, abría indignada y enormemente los ojos y gritaba hasta enronquecer.

—Si mi padrastro no hubiera engañado á usted, otro lo hubiera hecho en su lugar.

Esta fué la contestación, poco satisfactoria, que Ethel dió, y que el investigador de manifestaciones exotéricas no quiso acabar de oir.

Aquel enojo era tal vez menos malo que una despedida, pero, en cambio, duraba más tiempo. Y luego, cuando Ethel volvía á su casa, se encontraba con Chaffery encolerizado y fuera de quicio, porque su hijastra no pudo coger el guante neumático. Indudablemente, el *medium* no tenía derecho ni razón para regañar á la joven; pero cuando se está de mal humor, se suele peder la noción de justicia. Chaffery decía que lo del tamboril hubiera podido explicarse, pretextando que lo tomó, cuando Smithers encendió la luz, para evitarse un coscorrón. Pero ¿cómo explicar satisfactoriamente lo del guante neumático?... Fingió que se iba á desmayar, para atraer la atención y dar tiempo á que Ethel quitase de enmedio aquella prueba comprometedora. ¡Era estúpido, completamente estúpido, pensar que alguno iba entonces á fijarse en el velador!...

Un reloj de carruaje, encerrado en un estuche y colocado junto al tintero de la mesa-despacho del señor Lagune, dejó oir las campanaditas de las cinco. Ethel hizo girar el taburete en que estaba sentada y quedóse inmóvil, mirando el reloj; luego sonrió melancólicamente, con infinita melancolía.

—Volver á casa — murmuró — y empezar de nuevo y trabajar siempre y siempre igual... Estuve torpe... lo reconozco... Debí ocultar el guante... Tuve tiempo para escamotearlo... ¡Engañar... escamotear... preparar y realizar supercherías!... Se avergonzó de mí... estoy segura... Sus amigos le acompañaban...

Calló un momento y quedóse contemplando el vacío.

Luego suspiró, se frotó los párpados y echó á andar.

Atravesó el vestíbulo, se puso el sombrero y la chaqueta-abrigo y salió á la calle, húmeda y fría. Apenas había dado veinte pasos cuando comprendió que un hombre la seguía y se le acercaba; todas las jóvenes que tienen necesidad de salir solas, adquieren extraordinaria finura de vista, de oído y hasta de «olfato»; Ethel había aprendido mucho desde sus escapatorias en Whortley. Siguió andando sin volver la cabeza. El que la seguía le interceptó el paso, obligándola á detenerse. Alzó la vista, muy indignada, y se encontró... con Lewisham. El joven estaba palidísimo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Titubeó, y al fin, sin hablar, le tendió la mano. Ethel la estrechó maquinalmente.

—Señorita de Henderson — exclamó Lewisham.

—¿Qué quiere usted?... — contestó Ethel con voz ahogada.

—No lo sé... — contestó el joven. — Deseo que hablemos...

—¡Ah!

Ethel sintió que el corazón le latía violentamente.

Lewisham, aun cuando se esforzaba, apenas podía articular palabra.

—Yo... Yo... ¿Espera usted á alguien?... ¿Va usted muy lejos?... Tengo gran empeño en que hablemos... Hace un tiempo infer...

—Voy á pie hasta Clapham — contestó Ethel. — Si quiere... acompañarme durante parte del camino...

Muy azorada echó á andar. Lewisham la acompañó. Caminaron juntos sin hablarse, teniendo mucho que decirse y no sabiendo cómo empezar.

—¿Se ha olvidado usted de Whortley? — preguntó Lewisham bruscamente.

—No.

El joven la miró y la vió con la vista baja.

—¿Por qué no me ha escrito usted?... — preguntó Lewisham con amargura.

—Le escribí.

—Quiero decir que por qué no volvió á escribirme.

—Volví á escribir... en Julio.

—No he recibido esa carta.

—No... me la devolvieron.

—Pero la señora Munday...

—Me olvidé del apellido de esa señora, y dirigí la carta á la Escuela.

Lewisham reprimió una exclamación.

—Lo lamento mucho — murmuró Ethel.

Siguieron andando, sin desplegar los labios.

—Anoche... — principió á decir Lewisham. — Acaso fuí indiscreto, pero...

Ethel respiró con más desahogo.

—Señor Lewisham — le dijo, — el hombre que vió usted anoche... el *medium*... es mi padrastro.

—¿Y qué?...

—¿No es bastante?...

Lewisham calló un momento.

—¡No! — contestó.

Hubo un silencio penoso.

—No — continuó con más decisión. — Me río yo del padrastro de usted. Lo que deseo es sencillamente saber si usted estaba de acuerdo con él.

La joven palideció, y dos ó tres veces intentó inútilmente contestar.

—Señor Lewisham — exclamó al fin, — créalo ó no lo crea... júzguelo imposible... pero le aseguro, bajo palabra de honor... que no sabía á ciencia cierta... que mi padrastro...

—¡Ah! — interrumpió Lewisham, dándose por satisfecho. — Con razón supuse...

Durante un momento, Ethel lo miró cara á cara, con gran fijeza; luego, rompiendo á llorar, balbució:

—Lo sabía... Estaba enterada de todo... Perdóneme que haya mentido... Sabía que se trataba de una farsa...

Lewisham la contempló con indignación y con asombro, dió un paso hacia atrás, y luego volvió á emparejar con ella. Siguióse profundísimo silencio, silencio que parecía inacabable. Ethel ya no lloraba, sentía mucha rabia, y no se atrevía á mirar á su acompañante. Este habló por fin.

—¡Bueno!—murmuró lentamente.—¡Lo mismo da! ¡Me tiene sin cuidado!

Bruscamente doblaron una esquina y se encontraron en Kin's Road, en medio de multitud de carruajes y de transeuntes; de repente, unos granujillas, que llevaban un maniquí vestido de harapos, les rodearon y les hicieron separarse. En las calles frecuentadas hay que hablar á gritos, monosilábicamente, ó hay que callarse.

Lewisham observó á su amiga y la encontró muy serena. Pronto, abandonando la muchedumbre, Ethel entróse en una calle solitaria, sombría, con casas que

tenían cerradas las puertas y las ventanas; allí pudieron reanudar el diálogo.

—Comprendo lo que me quiere decir — exclamó Lewisham. — Lo comprendo. Usted se enteró de todo, sin querer enterarse.

Pero la joven ya tenía formados sus planes.

—Al final de esta calle — le dijo sofocando un sollozo — es preciso que se marche usted. Le agradezco mucho que haya venido, señor Lewisham. Pero usted se avergüenza de mí, estoy segura de que se avergüenza. El dueño de la casa, en la que soy dactilógrafa, es espiritista; mi padrastro se gana la vida sirviendo de *medium*, y mi madre es espiritista. Hizo usted bien en no dirigirme anoche la palabra... Hizo muy bien... Le agradezco mucho que me haya buscado; pero... tenemos que separarnos. La vida es muy dura... Márchese cuando lleguemos al final de la calle... al fin de la calle...

Lewisham anduvo un centenar de pasos sin responder; luego dijo:

—Voy con usted hasta Clapham.

Silenciosamente llegaron hasta el final de la calle. Entonces Ethel se volvió, murmurando:

—Retírese.

—¡No! — replicó Lewisham obstinadamente, y quedaron, frente á frente, mirándose sin hablar.

—Escúcheme — insistió Lewisham. — No acierto á expresar lo que siento... ni yo tampoco lo sé... pero no quiero que se vaya ahora como se fué antaño. No quiero que de nuevo dejemos de vernos. He pasado la noche sin poder dormir. Me tiene sin cuidado el sitio en que usted esté, y la profesión de sus padres, y la intervención en los manejos del *medium*. Usted, en lo sucesivo, no dependerá de nadie... ¿Cómo?... ¡Aun no lo he resuelto! Pero... ¡lo resolveré!... Necesito que nos volvamos á ver... Nunca la he olvidado... ¡Nunca!... Y ahora que la encuentro, no me resigno á dejarla.

—Ni usted ni yo hemos de ganar nada con volvernos á ver — exclamó Ethel, no menos resuelta que su compañero.

—Pues no me separo de usted.

—Pero ¿por qué?...

—Porque estoy decidido — murmuró solemnemente Lewisham.

Y efectivamente, encarándose con Ethel, le hizo á quemarropa una pregunta á la cual ella no quiso contestar. Siguieron andando, sin hablarse. Al fin ella, con acento nervioso y entrecortado, exclamó:

—Deseo que me deje. Hay entre nosotros diferencias muy grandes. Anoche pudo convencerse... Usted ayudó á que se descubriera el amaño...

—Cuando llegué á Londres estuve recorriendo Clapham, procurando y esperando encontrar á usted — dijo Lewisham.

Atravesaron el puente, y cuando se volvieron á hablar, estaban en una callejuela, flanqueada por tenduchos, próxima á la estación de Clapham. Ethel, aparentando indiferencia, se obstinaba en no volver la cabeza hacia su acompañante.

—Lamento mucho — insinuó Lewisham con enfática cortesía — que mi proceder aparezca como una imposición. Aunque usted quiera enterarme, yo no quiero saber nada de esas cuestiones de familia... Al ver á usted he sentido algo inexplicable... Necesito que hablemos... No he dejado de pensar en el rostro de usted... en la sonrisa que usted me dirigió cuando saltó la valla próxima á la esclusa... en el té que tomamos juntos... y... en muchas cosas más... (Pausa prolongada.) Sí... en muchas cosas más... Si usted me permite que venga...

Lewisham recibió la callada por respuesta.

Atravesaron las interminables calles que arrancan de la estación, y se dirigieron hacia el Municipio.

—Vivo en el final de esta calle — exclamó Ethel, deteniéndose de repente, — y desearía que...

—Pero si aun no le he dicho nada de lo mucho que necesito decirle...

La joven, emocionada, sin poder articular palabra, irguió el semblante palidísimo.

—Es inútil... — balbució. — Estoy complicada en esas... — y se calló.

—Volveré mañana por la tarde — advirtió Lewisham resueltamente.

—No venga usted.

—Sí, vendré.

—No.

—Vendré.

Ethel no pudo ya ocultarse el gozo que experimentaba. Sentía miedo y júbilo al verlo y al pensar en que lo volvería á ver; imaginaba que él debía adivinarle tales sentimientos. Cesó de decir que no, y le tendió la mano, sin hablarle. Y al día siguiente, firme en su sitio, según había prometido, se encontró con Lewisham.

CAPITULO XIV

EL PUNTO DE VISTA DEL SEÑOR LAGUNE

Tres días estuvo sin asomar por el laboratorio biológico de la Escuela de Kensigton el señor Lagune. Pasados tres días, se presentó más animoso que de costumbre. Todos esperaban verlo renegando del espiritismo, pero, con gran sorpresa, lo encontraron más lleno de fe y de entusiasmo propagandistas. Ni aun los argumentos de Smithers le acoquinaron. Discusión ruidosa suscitóse en torno del descabalado juego de te, y hasta el ayudante-preparador intervino en el debate, riéndose de las objecciones embarulladas de Smithers. Porque al principio, Smithers discutió con aplomo y con cortesía presuntuosa; pero al cabo, se arrebató y perdió los estribos.

Lewisham, según notó la señorita de Heydinger, hizo la triste figura en el debate. Una ó dos veces estuvo á punto de interpelar al señor Lagune, pero, sin duda, juzgó más prudente callarse, aun en los momentos en que las palabras pugnaban por escapársele.

Lagune daba explicaciones claras y terminantes del escándalo.

—Chaffery — decía — me lo ha confesado todo. Su punto de vista...

—Un hecho es un hecho — interrumpió Smithers.

—Un hecho es una síntesis de impresiones — replicó Lagune. — Ya lo comprenderá usted cuando tenga más años y más experiencia. La otra noche estábamos en abierta discrepancia... Chaffery sabía que ustedes no estaban iniciados y... los trató como á novatos... Preparó una demostración...